

**¿Un anabautismo latinoamericano emergente?
Reflexiones con motivo del Congreso Mundial Menonita
Por: César Moya**

Cerca de 6000 personas de diferentes partes del mundo participamos del XV Congreso Mundial Menonita celebrado en Asunción, Paraguay, del 14 al 19 de julio del presente año. Celebraciones litúrgicas bajo el tema “Sigamos juntos el camino de Cristo”, conjugadas con talleres y reuniones, enmarcaron el evento. Muchos de nosotros no sólo tuvimos la oportunidad de reencontrarnos con viejos amigos y amigas y establecer nuevas amistades sino de revisar nuestras convicciones y vivencias anabautistas.

Varias de las conversaciones informales en las que participé giraron alrededor del tema anabautista. En parte porque nuestras iglesias latinoamericanas, con sus estilos litúrgicos, así como nuestros eventos en sus contenidos, metodologías y celebraciones, se asemejan más a otras expresiones eclesiales con las cuales conservamos distancias no solo históricas sino teológicas. Me refiero a expresiones evangélicas, neoevangélicas, pentecostales y neopentecostales. Cada una de ellas definidas como tal desde sus énfasis doctrinales, estilos litúrgicos, gobiernos eclesiales y manera de entender y llevar a cabo la misión en el mundo.

Lo anterior, por supuesto, no es un descubrimiento hecho en el pasado Congreso Menonita de Asunción -es algo que se viene dando desde el primer Congreso Mundial celebrado en Suiza en 1925 con motivo del cuatricentenario de la Reforma Radical. Allí, seguramente, dicho fenómeno no era tan evidente, y las iglesias menonitas latinoamericanas aún no existían- Más bien, es la confirmación de que nuestro entendimiento y vivencia del anabautismo es cada vez más heterogéneo, lo cual lleva a que una minoría, con aprecio por esta tradición, además de estudiosa del tema y preocupada por el desarrollo de las iglesias menonitas en América Latina, se plantee algunos desafíos como ¿qué tan anabautistas somos en nuestras creencias y prácticas? Cuando hablamos de anabautismo, ¿será que lo que estamos pensando corresponde en esencia a lo que ello es? O ¿por lo menos con lo que en el siglo XVI se identificó a alguien con tal término? ¿Será que necesitamos redefinir el anabautismo para el siglo XXI y de manera especial para América Latina? Lo expuesto a continuación pretende generar reflexión y diálogo sobre dichos desafíos, reconociendo que es sólo una perspectiva y que otros tópicos quedan pendientes por tratar.

Un movimiento heterogéneo

Debemos reconocer que el anabautismo sigue siendo un movimiento heterogéneo, tal como lo fue en sus inicios. Cuando revisamos los escritos sobre el anabautismo del siglo XVI nos encontramos con referencias que indican diferencias y convergencias entre sus seguidores. Recordemos que el anabautismo en sus inicios fue un movimiento y no una iglesia, que estuvo integrado por gente inconforme tanto con la iglesia tradicional como con el protestantismo clásico. Que sus integrantes provenían de distintos sectores, especialmente de la clase obrera y campesina. Que traían diferentes trasfondos de órdenes religiosas - franciscanos, valdenses y moravos. E incluía a pensadores tanto místicos como entusiastas, así como humanistas. Pero, una característica que los diferenciaba claramente de católicos y protestantes era que buscaban una reforma social y no meramente religiosa, con tal pasión que algunas experiencias dejaron muerte y desolación entre ellos, como fue el evento de la tragedia de Münster. Hoy en día el movimiento es mayormente eclesiástico y encuentra su expresión concreta en las iglesias menonitas, hermanos menonitas y hermanos en Cristo, afiliadas a la Conferencia Mundial Menonita, distribuidas en los cinco continentes en más de 75 países y con una membresía de cerca de 1.5 millones. Esto sin contar otras experiencias que se conservan desde el siglo XVI como los amish y los huteritas, y aquellos que simpatizan con el movimiento pero que pertenecen a otras iglesias como algunos bautistas.

Un movimiento de convergencias

Pero el anabautismo, como es lógico de un movimiento, también tiene convergencias. Así como los y las anabautistas del siglo XVI, quienes debido a su heterogeneidad de entendimientos en asuntos de fe necesitaron del concilio de Schleithem en 1527, para definir unas pautas que los identificaran como tales, también las y los anabautistas del siglo XXI hemos necesitado ponernos de acuerdo en nuestras convicciones compartidas, tal como sucedió en la reunión del Concilio General realizada en 2006 en Pasadena California, y que son explicadas, por encargo de la Conferencia Mundial Menonita, por Alfred Neufeld en el libro “Lo que juntos creemos”.

Las convicciones compartidas en el siglo XVI fueron las siguientes: 1) el bautismo de creyentes, 2) la amonestación fraternal (disciplina congregacional), 3) la cena del Señor para quienes eran bautizados, 4) separación del mundo, 5) perfil y papel del pastor en la iglesia, 6) renuncia a la violencia y 7) renuncia al juramento. Por su parte, las del año 2006 fueron: 1) la concepción trinitaria de Dios y su propósito, 2) Jesús como Hijo de Dios y su papel redentor, 3) definición de la iglesia como comunidad de creyentes, 4) la Biblia como máxima autoridad en asuntos de fe en la iglesia, 5) una ética regida por la vida en el Espíritu, 6) el propósito al reunirse regularmente y, 7) la vida en el mundo sin conformarse al mal (la relectura es mía).

Estas convergencias, acordadas en sendos concilios del pasado y del presente, demuestran el deseo de las distintas fracciones del movimiento de mantenerse unidas por un marco ético-teológico mínimo que ayude a preservar cierta identidad. Las nuevas formulaciones no le quitan valor a las acordadas por nuestros antepasados en Schleithem. Tanto las unas como las otras sirven como base para definir lo que es ser anabautista y, al mismo tiempo, para reconocer que otras eclesiologías y teologías en un mundo globalizado han influenciado nuestro pensamiento y práctica, cosa que parece imposible de erradicar, más aún si tenemos en cuenta que en gran parte hemos dejado de ser separatistas.

Un movimiento de tensiones

Quienes estamos preocupados por nuestra identidad –especialmente las y los latinoamericanos- debemos reconocer que mantenemos tensiones entre lo que creemos que es anabautismo y lo que realmente éste es en su esencia. Tal vez porque nuestra realidad, enmarcada por un contexto mayoritariamente de cristiandad (¿o cristianismo?), es tan diferente de otros contextos, inclusive de aquellos que se ubican también en el sur del hemisferio.

Cuando hablamos de anabautismo, no necesariamente nuestro entendimiento se corresponde con lo definido como tal en el siglo XVI. Uno de esos entendimientos tiene que ver con el rebautismo. Sin embargo, el rebautismo en América Latina no es exclusividad de las iglesias anabautistas; otras iglesias también lo practican. Y aunque esta práctica es evidencia y símbolo de una vida regenerada y de compromiso con el camino de Cristo y su iglesia, también debemos tener en cuenta que tuvo una connotación política en el siglo XVI; era una manifestación de rechazo a la obediencia ciega al estado, lo cual se constituyó en una de las razones para ser exiliados, perseguidos y martirizados. De ahí que no necesariamente el rebautismo es un elemento de identidad propiamente anabautista. Lo anterior se refuerza con la separación que algunos estados, por medio de sus nuevas constituciones, han hecho de la iglesia.

La separación de la Iglesia del Estado era entendida por los anabautistas sobre la base doctrinal de los dos reinos, el reino de Dios y el reino del mundo, llevándolos a un separatismo literal que se manifestó en la creación de comunidades intencionales que practicaban economías comunitarias así como el rechazo de cualquier cargo público, o cargos que tuvieran que ver con el Estado. Hoy en día, y dada la situación económica, el desempleo y la lucha por la sobrevivencia, muchos de quienes se confiesan anabautistas en América Latina no solo ocupan cargos estatales sino que sirven en empresas no estatales y aún multinacionales, algunas claramente alienadas con proyectos de muerte. Es decir, en la práctica no existe separatismo y

más bien, quienes luchan por sobrevivir tratan de argumentar un llamado de Dios a ejercer un ministerio a través de dichos cargos, aunque debemos reconocer que otros continúan defendiendo este dualismo Iglesia-Estado optando por discernimientos éticos de acuerdo a cada situación.

Relacionado con la separación Iglesia-Estado que hacían las y los anabautistas, está el sentir anticatólico y, aún más, anti-ecuménico. Esto debido a las atrocidades a las que fueron sometidos los y las anabautistas por parte de los representantes de la iglesia tradicional así como del protestantismo magisterial, acompañados de calificativos como “falsos profetas”, “blasfemos”, “plaga” y “pestilencia”, entre otros. A lo anterior se suman las condenas que persisten contra las y los anabautistas en la “Confesión de Augsburgo” (1530) de los luteranos y en los escritos de Calvino consignados como “Institución de la religión cristiana” (1536). Por su parte, en los escritos anabautistas del siglo XVI también se aprecia un tono duro y condenatorio frente a los representantes de las otras iglesias, relacionándolos en varias oportunidades con “lo diabólico”. Hoy en día en América Latina nuestras iglesias se han abierto, en unos contextos más que otros, a los diálogos ecuménicos, y participan de actividades como la semana de oración por la unidad de los cristianos, o de manifestaciones conjuntas frente a la guerra. En esto se evidencia respeto y aprecio por las otras tradiciones de fe, sin desconocer que el pasado está lleno de condenaciones tanto de un lado como del otro.

Igualmente, la no violencia fue una de las características que identificó a aquellos radicales del siglo XVI, como una convicción resultante de haber experimentado la violencia en carne propia. Esa no violencia, manifestada principalmente en la “no resistencia”, llegó a tal punto que preferían morir en lugar de hacer uso de la fuerza para causarle daño a sus enemigos; entendimiento éste basado en el seguimiento a Cristo, tal como lo expresan los evangelios. En América Latina hay un buen número de experiencias sobre la no violencia activa en varios de nuestros países. Miembros de iglesias anabautistas participan de manifestaciones y marchas públicas que reclaman por la violación de los derechos humanos, por los desaparecidos durante gobiernos dictatoriales o por las guerras en varias partes del mundo. Igualmente, miembros, iglesias e instituciones menonitas han enviado cartas a los gobiernos de Estados Unidos, en diferentes momentos, con el fin de presionar internacionalmente por la abolición de las políticas belicistas, manifestadas en el apoyo económico a las guerras en otras partes del mundo. Aunque este tipo de no violencia es adecuada a nuestro contexto, no es, en esencia, lo que el anabautismo reclamaba, pues para él el camino a seguir era el de la no resistencia al estilo de Jesús, tal como lo expresa el evangelio (Mt 5:39-48). Es decir, sufrir por causa de la obediencia a Cristo y no por buscar la efectividad de sus acciones no violentas, o por la consecución de sus metas, era el motivo de la no resistencia.

Unida a la no resistencia está su visión escatológica. En sus inicios el movimiento anabautista tuvo un fuerte espíritu escatológico. Fueron capaces de resistir la persecución, el sufrimiento y el martirio (excepción de Müntzer) gracias a su convencimiento de la inminente venida de Cristo y del fin de los tiempos. Estaban seguros que sufrir por causa de Cristo, aún hasta el martirio, era el camino de los santos. Confiaban plenamente en el establecimiento del reino de Dios, donde ellos eran protagonistas de su implantación. Sin embargo, con el paso del tiempo, al menos en Latinoamérica, ésta visión escatológica se ha ido modificando. Pensar en una venida de Cristo en las nubes, de manera literal, suena raro para muchas y muchos anabautistas latinoamericanos. Pero, el entendimiento de que Cristo ya está en medio de nosotros y nosotras, que somos instrumentos del fin de los tiempos, del fin de aquellos sistemas que dominan el mundo, por medio de la implantación de comunidades alternativas, es otra cosa. Es un entendimiento escatológico activo, no pasivo ni de resignación. Por eso nos encontramos con comunidades anabautistas trabajando arduamente por la paz y la justicia, trayendo el reino de Dios, anunciando el fin de los tiempos de otra manera.

Un aspecto más de la esencia del anabautismo es el entendimiento acerca de la obra de Cristo en la cruz. Las y los anabautistas también adoptaron el lenguaje de la tradición cristiana de “ser lavados en la sangre del cordero” y la necesidad del sufrimiento y muerte de

Cristo para la salvación del mundo, lo cual es apoyado por varios textos del Nuevo Testamento. Tal interpretación, desarrollada por Anselmo (1033-1109), habla de la necesidad del sacrificio para aplacar la ira de Dios y obtener el perdón de los pecados (Teoría de la satisfacción); que era necesario el sacrificio cruento de su Hijo, para de esta manera saldar la deuda que la humanidad tiene con Dios por haberle ofendido cometiendo pecado. Este entendimiento es reforzado por el "Credo de los Apóstoles" donde, en su formulación, se pasa directamente del nacimiento de Jesús a su muerte, como si sus enseñanzas y su vida de compromiso por la justicia no hubiera sido importante. Hoy en día anabautistas de América Latina están rechazando este entendimiento dado que por medio de él se ha justificado muchas injusticias contra los y las más débiles, así como maltrato y violencia contra las mujeres; creyendo que el sufrimiento y la muerte es la voluntad de Dios para la vida de las personas. Más bien, anabautistas latinoamericanos han comenzado a entender que el compromiso con la justicia, como un acto de intercesión a favor de quienes son más vulnerables, es lo que llevó a Cristo a la cruz y no un designio arbitrario de parte de Dios. En otras palabras, la cruz está siendo entendida ahora como consecuencia de la encarnación en un mundo de pecado que se revela como poder contra el Dios de Jesús.

Un movimiento emergente desde Latinoamérica

Si bien es cierto que nuestras iglesias anabautistas latinoamericanas han sido influenciadas por otras corrientes teológicas y eclesiológicas, también es cierto que estamos siendo testigos y protagonistas de un anabautismo latinoamericano emergente (con menos de ochenta años de iniciado, pero quizás muchos menos de reflexión teológica propia), evidenciado tanto en nuestras prácticas eclesiales como en los relacionamientos con el Estado y con otras confesiones de fe. Podríamos decir que nos mantenemos en una tensión entre la vivencia de nuestros antepasados y las realidades que enfrentamos hoy. Entre el separatismo y un mundo globalizado que nos envuelve, aunque no lo queramos. Entre un modo de producción feudal, agrícola y artesanal del pasado y un modo de sostenimiento económico capitalista regido por los cargos políticos, estatales, multinacionales y privatizados. Entre un mundo que perseguía por cuestiones religiosas y un mundo que persigue por opciones políticas.

En este anabautismo latinoamericano lo más importante no es una confesión doctrinal de fe. Más bien, es un anabautismo que toma forma en la realidad que viven nuestros pueblos marginados y abandonados por los sistemas. Un anabautismo que camina al lado de las y los pobres y de quienes sufren injusticias. Un anabautismo que clama, y reclama, junto con ellos y ellas, por la reivindicación de sus derechos. Un anabautismo que propende por la equidad de género; donde hombres y mujeres ejercen sus dones y ministerios por igual, de acuerdo a sus capacidades. Un anabautismo que es inclusivo; que al relacionarse con los pueblos originarios, lucha junto con ellos contra la discriminación racial, étnica y cultural. Un anabautismo que busca la paz como fruto de la justicia y que invita a otros y otras a lo mismo, como expresión de compromiso con el camino de Cristo. Un anabautismo que experimenta el sufrimiento, no como designio divino sino como consecuencia de su compromiso con la justicia. Un anabautismo comprometido con la práctica de la paz y la justicia, pero no expectante y pasivo frente al fin de los sistemas que dominan el mundo.

Este anabautismo latinoamericano emergente sigue tomando forma en comunidades de creyentes, no sólo como expresiones religiosas o celebraciones litúrgicas, sino como comunidades revolucionarias que buscan la transformación social por medios no violentos - aunque no necesariamente no resistentes, que siguen teniendo contacto con el mundo con el propósito de sobrevivir, que redefinen su relación no sólo con el Estado sino con entidades no estatales, que trabajan por la unidad de la iglesia y abandonan los espíritus sectarios y que integran otros elementos al concepto y vivencia de la paz y que están seguros que Cristo ya está en medio de nosotros y nosotras.

El Congreso Mundial celebrado en Asunción, así como los anteriores, ha dejado reflexiones y retos acerca de nuestra identidad cada vez más multicultural, con convergencias, pero matizada por diferencias. Sin embargo, de manera especial para el caso latinoamericano, aspectos como el rebautismo, la relación Iglesia-Estado, el diálogo ecuménico, la no violencia, el espíritu escatológico y la obra de Cristo, en su esencia, entre otros, generan una tensión con lo que creemos que es el anabautismo en América Latina. Esta tensión nos está llevando a una redefinición del mismo, articulada teológicamente con nuestra realidad; a un anabautismo latinoamericano emergente. Ojalá se desarrolle.